



www.loqueleo.com/es

© 2002, Ricardo Gómez

© 2002, Tesa González

Autor e ilustradora representados por IMC Agencia Literaria, S. L.

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-218-7

Depósito legal: M-43.365-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: marzo de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Las hijas de Tuga

Ricardo Gómez

Ilustraciones de Tesa González

loquele^o

¡Mamá!

Ciento ocho huevos. Nada menos que ciento ocho huevos había puesto Tuga en un agujero cavado con esfuerzo, una noche de luna llena, en la arena fresquita de un río.

Para eso, Tuga había sido igual de hábil que otras tortugas, unos animales que ponen más o menos esos huevos cada vez que van a tener hijos.

Pero ni Tuga ni otras tortugas como ella esperan cuidar a una colección de hijos tan numerosa. En realidad, no esperan criar a ninguno en especial, porque las tortuguitas, en cuanto nacen y se libran de la cáscara, salen disparadas en todas direcciones para

hacer su vida. Y ni sus mamás ni sus papás tienen que encargarse de ellas.

8 Veintinueve días después de la puesta, cuando la Luna lucía otra vez redonda en el cielo, el suelo en el que estaban depositados esos huevos se puso a bullir y de la arena comenzaron a salir, una por una, varias docenas de tortuguitas que corrieron disparadas en todas las direcciones.

Tuga, que se había colocado tras un árbol para asegurarse de que nacían, y porque su instinto le decía que tenía algo que hacer, vio cómo se alejaban. Contó hasta cincuenta y dos, y se dijo:

—No está nada mal. Casi la mitad ha salido adelante.

Esa era una cantidad más o menos normal en el mundo de las tortugas. De ellas, algunas llegarían a viejas, y desarrollarían un caparazón duro y con olor a antiguo, que

las pondría a salvo de los animales salvajes. Incluso de los leones.

Cuando cesó todo movimiento, Tuga se acercó al hoyo que habían dejado los recién nacidos. Allí quedaban restos de cáscaras que había que tapar rápido, para que los animales no se enterasen de que había una nueva generación de apetitosas tortuguitas.

9

Al empujar la primera patada de tierra, Tuga oyó una vocecilla que parecía venir de una cáscara vacía que estaba medio oculta en la arena.

—¡Mamá!

Tuga no sabía de ningún caso de tortuguita que hubiese llamado «mamá» a una tortuga. Por eso, se sorprendió mucho. Ella no esperaba cuidar de sus hijos. Había ido allí para hacer lo que tienen por costumbre las tortugas.

Pensó que esa llamada no era para ella. Así que siguió tapando el agujero. Pero escuchó de nuevo:

—¡Mamá, mamá!

Indudablemente, la vocecilla venía de una cáscara medio abierta junto al borde del nido. Tuga fue hacia allí y comprobó que se trataba de una de sus crías.

10 —Anda, sal ya, que se han ido todas tus hermanas.

—Es que está todo oscuro.

—No está oscuro. Es que todavía estás dentro del huevo.

Tuga dio un mordisco a la cáscara y dejó a la tortuguita al descubierto. Estaba acurrucada en el huevo, con las patas encogidas, sin atreverse a salir.

—Venga, mujer, sal ya, que no vas a poder esconderte.

—Es que me da miedo. Y hay un Ojo que me mira muy fijamente.

—¿Un ojo? ¿Qué ojo ni qué cáscaras? Eso es la Luna.

—¿La Luna? ¿Y qué es la Luna?

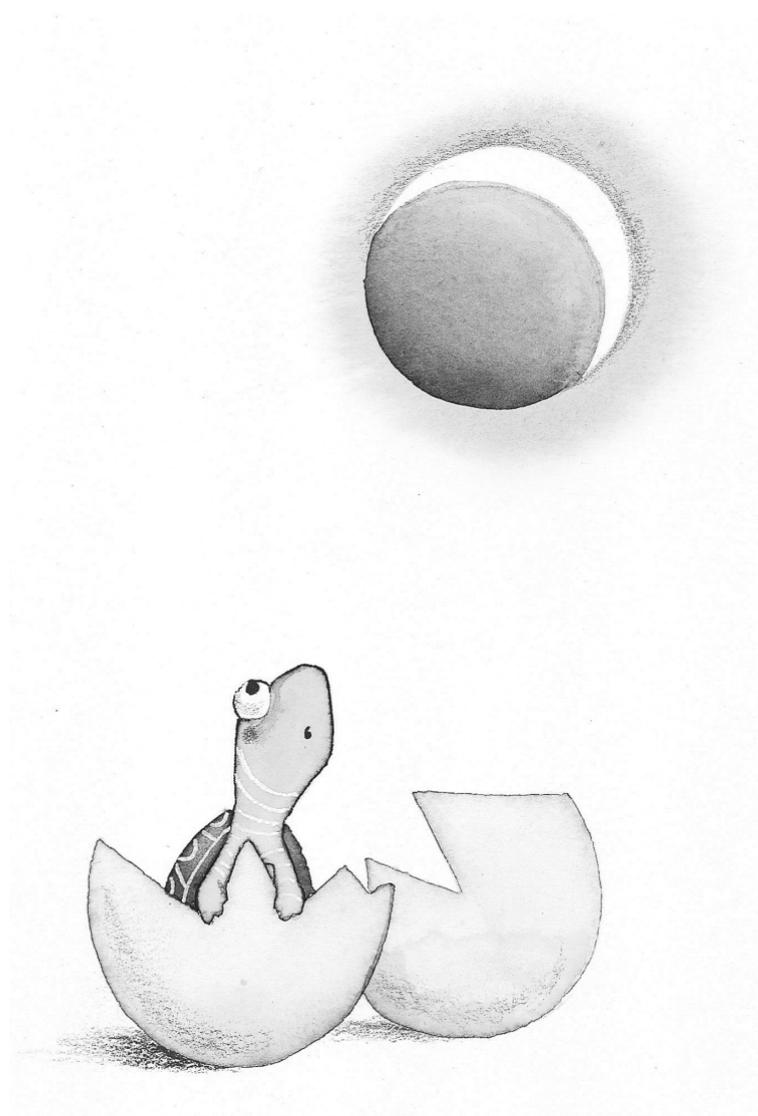
¡Vaya pregunta! Con todo lo que ella tenía que hacer para proteger a sus otras crías... Mientras iba tapando el hoyo, trató de responder a lo que preguntaba la tortuguita miedosa.

Pero no pudo.

11

Esa sí era una buena pregunta. ¿Qué es la Luna?

Cuando terminó de tapar el agujero, no quedaba ni rastro del nido. Nada, a no ser ese huevo en el que se ocultaba la tortuguita miedosa.



Un montón de preguntas de miedo

Tuga pensó que había dos posibilidades: dejarla allí sola y que dentro de poco a lo mejor sirviera de comida a cualquier bicho, o llevársela con ella y tratar de sacar adelante a una tortuga malcriada.

13

Se decidió al escuchar por tercera vez:

—¡Mamá!

—Anda, sal y sube encima de mí. Miedica, que eres una miedica.

La recién nacida salió rápido del cascarón, dio varios pasitos y trepó por la pata de Tuga hasta el cuello de su mamá, donde se sintió a salvo. Tuga se zampó de un bocado la cáscara vacía, para no dejar huellas, y

comenzó a andar hasta el hueco del tronco caído en el que había hecho su casa.

14 Se sintió una madraza con su hija a cuestas, y no sabía si hacía bien al mimar tanto a un animalillo tan miedoso, mientras el resto de sus crías ya andaba por ahí, enfrentándose a peligros y disfrutando las ventajas y los inconvenientes de la vida libre.

Una tortuga vieja con una tortuga recién nacida en la cabeza era lo nunca visto en la Selva. Por si fuera poco, la tortuguita no hacía más que hablar y, sobre todo, preguntar:

—¿Dónde vamos?

—¿Qué son esos ruidos que se oyen?

—¿Por qué tienes el caparazón tan duro?

—Tengo hambre. ¿Cuándo voy a comer?

—Mamá, todavía no me has dicho qué es la Luna.

—¿Por qué vas tan despacito?

Tuga respondió a su hija con una de sus frases favoritas: «Caminando despacito y con paciencia se llega a cualquier parte».

Cosa con la que la tortuguita no parecía estar tan de acuerdo, porque dijo:

—Ya, pero, si vas más rápido, llegarás antes.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer: bajarte e ir por tu cuenta.

—No, no, por favor. Está oscuro, hay ruidos extraños y, además, está el enorme Ojo que me mira.

Tuga, que aún no había encontrado forma de explicar qué era la Luna, no tenía ganas de hablar. Además, en la oscuridad podía ser que las chismosas lagartijas pensaran que hablaba sola. Aunque quizá lo peor era que la vieran cuidando de una tortuga miedosa. La Selva entera se burlaría de que Tuga, la famosa tortuga, tuviera una cría tan cagoncilla.

Caminando, caminando, llegó al hueco del tronco. Allí, la tortuguita bajó al suelo y se puso a curiosear. En poco tiempo había recorrido lo que era la casa de su mamá. No había nada interesante en ese blando suelo de hojas y tallos de flores. Ni siquiera comida.

16 —Uy, qué pequeño es esto —dijo la cría—. ¿Y no tienes nada que comer?

La madre hizo como que no escuchaba. Se acomodó como otras veces a la entrada, con los ojos cerrados, tratando de dormir unas pocas horas. Al amanecer, saldría a lavarse y a buscar flores y brotes tiernos para comer.

Pero su hija no tenía sueño. Tal vez por haber estado durante tanto tiempo dentro del huevo, descansada, ahora lo que le apetecía era moverse. Claro que afuera daba miedo aventurarse, así que recorrió varias veces el interior del tronco, trepó hasta el caparazón de su madre, escarbó en el suelo...

Pero todo eso resultaba aburrido. Era más divertido hablar.

—¿Hace mucho tiempo que vives aquí?

—¿Tienes muchos amigos?

—¿Qué hay de comida por los alrededores?

—¿Nunca has intentado buscarte otro árbol?

17

—¿Por qué las piedras son tan duras?

Tuga dejaba caer los párpados, pero a cada pregunta de su hija volvía a levantarlos. Los bajaba y los levantaba. Los bajaba y los levantaba. Así no había manera de dormir. Además, la tortuguita se subía por su cabeza, le daba golpes en las patas... ¡Vaya noche!

Menos mal que se le ocurrió una idea, ya harta de tanto movimiento:

—Como vea la Luna que no te estás quieta, te vas a enterar mañana...

La cría, al escuchar esa amenaza, corrió debajo de la cabeza de Tuga y se quedó quieta. Pero no paraba de hablar, aunque en voz baja:

—¿Y ese Ojo puede vernos, aunque este-
mos aquí dentro?

18 —¿Y siempre está ahí arriba?

—¿Y se enfada si ve que nos movemos?

—Mamá, ¿qué son esos ruidos?

Entre los gritos de las lechuzas y la charla de su hija, la madre no pudo dormir; pero al menos no tuvo que soportar que esa miedosa anduviera de un sitio a otro. Solo cuando estaba a punto de amanecer, se calló y pareció dormir un rato.

En la Selva amaneció como todos los días. Se oyeron los gritos de los cuervos. Se oyeron los mugidos de los ñus. Se oyó el barrito de los elefantes. Se oyó el rugido de los leones. Y Tuga oyó, claro, la charla incansable

de su hija, que desde la entrada no hacía más que preguntar.

—¿Por qué ya no está oscuro?

—¿El Ojo Grande se ha ido? ¿Dónde se ha metido?

—¿Hay muchos peligros cerca de esta casa?

—¿Y cuándo vas a traer la comida?

A esas horas, las hermanas de la tortuguita andarían por ahí, escondidas o buscándose la vida. Tuga había pensado que esa hija miedica, al llegar el día, tomaría su camino y se iría, pero pronto comprobó que eso no iba a ser fácil. Que no iba a ocurrir pronto. La cría se movía a solo dos o tres pasos alrededor del tronco. Lo miraba todo con interés, pero cerca de su mamá.

Cuando comprobó que ya no podría dormir más, Tuga estiró sus patas, se incorporó y se dirigió a su hija:

—Anda, vamos. Nos lavaremos un poco y buscaremos algo de comida.

La hija comenzó a subir por la pata de su mamá, pero esta se sacudió con cariño y protestó:

20 —¡Eso sí que no! Tienes que caminar a mi lado. Ahora que eres joven es el momento de hacer ejercicio.

Ser mamá era un lío más grande de lo imaginado. Comenzaba a querer a esa médica, pero no tenía que consentirla demasiado.

La cría movía rápido sus patas para ir al paso de su mamá. Allí se sentía protegida. Caminaba y miraba con interés el suelo, las piedras, las ramas, las briznas de hierba... Un saltamontes cruzó volando y la miedosa dio un grito, pero su madre la tranquilizó:

—Eso era un saltamontes. No hay que temer a estos bichos locos. Ya te diré cuándo hay peligro de verdad.

Cada movimiento, cada encuentro inesperado, asustaba a la pequeña. Pero fue al ascender una cuesta cuando la cría soltó un grito de terror y metió las patas y la cabeza en su tierno caparazón. Desde dentro, se oía una voz asustada que decía:

—¡Se ha enfadado, se ha enfadado! ¡Yo quiero volver a casa!

Tuga no entendía nada. Observó a su hija, miró por los alrededores, comprobó que no había ningún peligro y dijo a la tortuguita:

—No estoy enfadada, mujer. Anda, vamos...

—No. ¡El Ojo se ha enfadado! He visto cómo me miraba. Se ha puesto colorado y me mira muy fijamente.

Tuga comprendió. Desde esa pequeña altura se veía el rojo disco del Sol levantándose en el cielo, entre los troncos de los árboles. Tuvo que echar mano de su paciencia de tortuga para explicárselo a su hija:

—Eso que ves es el Soool. Tampoco es un ooojo. El Sol sale de día y la Luna se ve muy bien por la noooche. No hay que tener ningún miedo de los saltamontes, de las hormigas, de la Luna ni del Sol. Anda, sigue...

22 La cría sacó la cabeza y observó con temor. ¿De verdad no era peligroso el Sol? ¿Ni se había enfadado? Era raro...

—¿Y por qué hace daño en los ojos cuando se le mira?

—¿Por qué está rojo?

—Y el cielo, ¿por qué anoche estaba negro y hoy está azul?

—¿Por qué no vamos más deprisa?

—¿Y qué es el Sol?

El caparazón de Tuga se llenó de paciencia. Y también de preguntas. Preguntas como las de su hija, que ella no sabía responder.

Bajó la cuesta en dirección al arroyo, con su hija entre sus patas. Tenía que pensar en la respuesta a esas preguntas.

Pero ¿por dónde empezar?